

Samoa.

Sobre el deseo, el placer, la sonrisa y otros temas novelados

María Isabel Abad Londoño

Escritora y directora de Piñón de Oreja, agencia de proyectos culturales y sociales, mariaisabelabad@gmail.com

Subimos la loma; primero con pasos enérgicos y luego, poco a poco, con pasos cansados.

Era la única cima de la isla: el morro le decíamos nuevos y nativos. La recompensa al llegar era grande; mejor: era inmensa: se abría el horizonte. Por todos lados circundaba el mar, que se había convertido en el nuevo dios para todos: proveía tanto como limitaba. Era una compañía con música propia.

Solo hacia el oriente se veía el continente; aparecía como una silueta brumosa recortada sobre el cielo. Las cuatro sorteamos ese piso de coral que nos hacía zancadilla y que nos recordaba de esos otros tiempos que maneja la Tierra; de ese reloj de eones donde una vida humana no es ni siquiera un parpadeo, y mil años, un segundo. El piso, que estaba bajo nuestros pies, fue alguna vez suelo submarino y con el tiempo fue haciéndose tierra, así como la inconsciencia pasa a la consciencia en todos los mares individuales y colectivos.

Mientras el caos reinaba al pie del morro y las cuarenta familias a las que pertenecíamos inventaban una sociedad interina en la isla, con lo que traían, con lo que podían, básicamente con lo que eran, nosotras subíamos a soñar otro mundo, distinto del que habíamos salido tras la explosión en el continente. Doce lanchas, cuarenta familias, ciento cuarenta y cuatro personas, logramos escapar de la guerra que se libraba por el control del territorio en el Pacífico colombiano.

Una convicción comenzó a unir desde ese día a las dos acompañantes que nos llevaban a María y a mí casi diez años más: ambas creían en el

poder de la palabra dicha, en el sonido coherente. Si podían imaginar y articular en palabras una manera distinta de vivir, un nuevo mundo podría parirse: al menos en el interior y eso ya era mucho porque permitía que ingresara a la serie de lo posible. Si, en cambio, nadie lo enunciaba, nadie se atrevía a traerlo a viva voz, allá quedaría en el fondo abisal sin la posibilidad de emerger, como emergió Samoa, hace ciento cincuenta millones de años, esa isla en la que estábamos y donde debíamos volver a nacer como sociedad si queríamos seguir vivos.

Ellas concluyeron esa vez que si no se tomaban la tarea de verbalizar otra realidad, la vida de todos seguiría así, tal cual era, con su inercia demente. No les importaba que la única audiencia en esa ágora acalorada estuviera conformada por ellas dos que conversaban entre sí; también por mi amiga María y por mí que las oíamos desde nuestros catorce años, esa edad en la que la vida deja de ser un camino único y comienza a bifurcarse.

Tampoco les importaba que estuvieran lejos de cualquier poder constituido o convencional; la una tenía los ojos claros, el pelo negro y un espíritu provocador; y la otra, trenzas en la cabeza, piel morena, y la mente fabuladora. ¿Acaso había lugar para esos colores y esas sensibilidades en el mundo que abajo construían los hombres, del que también hacían parte las mujeres? Poco.

Sin embargo, desde ese día fueron tejiendo una amistad y cultivado la costumbre de ejercer cierta filosofía tropical a través de la conversación; sin agenda previa, pero atentas a las señales del

instante para sumergirse en él y sacar el mayor rendimiento reflexivo de una caminata, de un tropiezo o de cualquier estímulo inmanente como la piña que llevábamos esa tarde.

Debo advertir que el método apenas se me hace evidente a mis noventa que escribo, porque escribir me permite comprender lo vivido y vivirlo dos veces, pero eso es ahora, en ese entonces sus conversaciones para mí eran solo un resplandor sin mucha explicación y hasta sus nombres se me han perdido en la memoria que ya raya con lo senil y por eso solo puedo referirme a ellas nombrando sus atributos.

Recuerdo, eso sí, que la mujer de los ojos verdes había llegado del interior del país por una temporada para hacer una pasantía. El destino se le atravesó en Andagoya a donde había aterrizado, meses atrás, con una mezcla de soberbia, inocencia y de genuina curiosidad que acompaña a todo el que quiere colonizar y ampliar su mundo sumergiéndose en lo exótico.

La otra, la de trenzas en la cabeza, iba en la vida en una dirección contraria. La sorprendió la tragedia de vacaciones donde su familia. Estudiaba en una ciudad del interior y había iniciado un lento proceso de olvido de sí misma que acompaña a quien quiere colonizar el mundo ascendiendo en la ciudad y dejando atrás la provincia. Ambas habían coincidido en un ciclo de Platón en alguna biblioteca pública, y hasta ese momento de la huida se distanciaban en todo salvo en que eran objetos de estudio la una para la otra.

La fuerza de las circunstancias las aproximó y en ese momento María y yo debíamos seguir las como sombras porque en el reparto de funciones en Samoa a ellas les había correspondido unas tareas que necesitaban nuestra asistencia mientras nuestros papás se ocupaban de lo básico con el resto de los adultos.

Durante los primeros días las acompañamos a hacer el censo de las nuevas familias y justo esa tarde nos invitaron a salir de tanta turbación y subir por primera vez a la cima del morro. Allá llegamos con las piernas calientes y un poquito lastimadas por los chamizos de la selva, nos sentamos, descoronamos una piña, le cortamos la piel con un cuchillo, la tajamos en trozos y comenzamos a comer sobre unas bancas de piedra, forradas de lama y de selva con un placer

que no sentíamos desde mucho antes de la salida del continente.

—¡Qué placer tan raro! —dijo Trezasenlacabeza.

—¿Deberíamos sentirnos mal por eso? —la cuestionó Ojosclaros

Un largo silencio se impuso mientras todas seguíamos comiendo y chorreando el jugo amarillo de la fruta por los dedos. Sabíamos que unos metros abajo el ambiente estaba tenso. El miedo se cortaba en el campamento. No solo por el recuerdo de la huida en el alma de todos sino por la imposibilidad de goce de las circunstancias actuales. Los asombros de María, los míos, los pájaros de colores exuberantes, los cangrejos violín que aparecían y desaparecían de los caminos, las caídas de agua dulce, los lomos de las ballenas con sus crías que rodeaban la isla y sobresalían en las olas, eran solo distracciones dentro ese régimen donde los adultos pretendían reproducir a escala la vida que traíamos. En un mes habían acuñado una consigna de la temporada: “aquí estamos para sobrevivir”. Y el tiempo iba pasando.

¿Pero no había sido esa misma vida, con su paquete de creencias, con sus compartimientos sociales, con su insaciabilidad, con sus metas vitales la que nos habían conducido como sociedad a esa caída?

Gozar de lo simple, de aquella piña rezumante, era casi subversivo en ese ambiente marcial.

—No —dijo finalmente Trezasenlacabeza respondiendo la pregunta formulada hacía tres mordiscos por su amiga—. No deberíamos sentirnos mal por eso: sonreír en este momento es un acto político: es la única manera de pensar otra vida. Sobrevivir es un camino de los que no tienen espíritu.

A la vuelta de tantos años, no podría atribuir con precisión las palabras que siguieron. Sin embargo, recuerdo que ese diálogo lo fueron armando con la misma técnica y pericia que mamá Juana tejía sus colchas en Andagoya. Tiraban primero los conceptos como Juana los retazos: el placer, el deseo, la democracia, la sociedad, la alienación y la sonrisa; los miraban por un lado y por el otro, daban pequeñas puntadas y al unir uno con otro iban armando un gran manto extenso y colorido que podía abrigarnos y cubrirnos con

otra realidad, por lo menos otra para María y para mí que en ese momento habíamos incorporado la idea de que la vida se nos había ido a pique.

Tomaban, por poner un ejemplo, el retacito del placer. En un lado, decían, está impreso el placer que se impone desde afuera. En los totalitarismos ni el deseo ni el placer de satisfacerlo nacen en los individuos. En unos porque el deseo lo impone el Estado y obliga a encontrarlo en la colectivización de todo. En otros totalitarismos porque lo impone el mercado y resulta siempre imposible de satisfacer: las cosas nacen obsoletas porque siempre hay algo aún más nuevo que próximamente hay que consumir.

Volteaban entonces este retazo y lo miraban por su envés. En cambio, sí, sí que existe otro placer: el que satisface un deseo que sale de adentro. Cualquier ismo se acaba cuando lo conforman personas que han sido capaces de desbrozar los deseos externos y descubrir el suyo como una perla escondida.

—¿Y cómo identificar si uno siente uno u otro tipo de placer? —les preguntó María, o no sé si la que pregunté fui yo.

—Difícil saberlo. Pero cojamos ese otro retacito: la sonrisa.

Dijeron entonces que la sonrisa que sale del deseo y del placer auténtico no es rictus marcial, ni una mueca publicitaria, es la manifestación física de una plenitud del alma, que de alguna manera logra sentirse.

—¿Como la alegría que sentimos comiéndonos esta piña, en este lugar, en la cima, lejos de los sobrevivientes?

—Exacto —afirmó Ojosverdes. No necesitamos mil piñas, mil tardes, mil mares. Estas son suficientes. El placer que sonrío puede decir la palabra suficiente.

—¿Y qué podemos hacer para que esto no sea tan escaso en Samoa?

—Que se haga democrática la sonrisa. Que lo que sentimos esta tarde lo puedan vivir todos abajo y puedan practicarlo, al menos una vez a la semana. Así cada uno irá tomando la costumbre de entrar al paraíso por puertas cada vez más amplias.

Esto y mucho más fuimos conversando las cuatro en nuestros círculos una vez bajamos a encontrarnos con nuestras familias. De muchas maneras y durante muchos días les dijimos: sonrían, primero sonrían, háganlo como quieran hacerlo, bailando, corriendo, durmiendo, nadando, tejiendo y luego trabajen y luego legislen y luego calculen. Son los pequeños grupos bien conectados lo que pueden crear algo que valga la pena.

Y esta revolución del alma fue calando, lentamente. Y por fin, un día, los representantes de las cuarenta familias se sentaron en esa cima, entre piñas y mangos maduros, para discutir y redactar la nueva Constitución de Samoa. Cuando estuviera lista regresaríamos de nuevo al continente. Y como nosotras cuatro, esta pequeña sociedad de Samoeños implantaría una nueva manera de estar en la Tierra. 🌿

